

ALBA OMIL¹

RESTOS DE LA ATLÁNTIDA

Aquel Capitán retirado y nostálgico, de piel curtida por el viento marino cargado de iodo y de sal, curioso lector –a medias– de historias tanto reales como fantásticas (buscando informaciones relacionadas con la Atlántica, había llegado a Platón, a Crites, hasta los antiguos sacerdotes egipcios, difundidores del tema) tenía dos obsesiones; por un lado, los buques fantasmas: cazar alguno en noche de tormenta, amarrarlo en la roca mayor de la playa, averiguar quiénes eran sus ocupantes, vivos o muertos, y muchos misterios más. Y por otro, develar el misterio del promontorio marino, casi invisible, que siempre los barcos trataban de eludir. Él lo tenía bien ubicado y disfrutaba de su brillo semejante al oro, con cada golpetazo de las luces del faro en las noches de tormenta, cuando lo blanqueaba el vaivén del oleaje enfurecido.

Tal su obsesión que, aún ya entrado en años como estaba, empezó a incursionar en los territorios del buceo: coraje, maestros, equipo adecuado, ejercitación constante. Y boca cerrada.

Una noche luminosa de mayo descendió en las aguas marinas, con la ayuda de un cómplice diestro y bien remunerado que le servía de sostén.

¹ Catedrática universitaria con destacada trayectoria como ensayista, cuentista y promotora cultural. Es coordinadora de publicaciones en distintos medios de Tucumán, Argentina. Entre sus últimas publicaciones se destacan *Hace tiempo en el Noroeste* (2015), *Los ojos de Medusa* (2014), *De nieblas y fulgores* (2013), *Puebla. Recuerdos y ensueños* (2013), *Hechicería en las culturas prehispánicas* (2011), *Como escribir un microrrelato* (2016) y *Ensueños en una burbuja* (2017).

No. No era un milagro ni una fantasía ni la materialización de un deseo ni los restos de un viejo galeón hundido con el oro y los objetos preciosos saqueados a los aborígenes ignorantes, esclavizados en nombre de la Corona y de la Santa Fe. Lo que, bajo su asombro, tenía ante sus ojos eran los restos de unas paredes angulares desnudadas por la furia de una reciente e inusual tormenta submarina.

¿Qué estaba viendo? ¡Oro! ¡Brillo de oro! ¿Paredes cubiertas de oro? Ya había leído en sus libros de ocio, sobre la ciudadela de la Atlántida, rodeada de murallas de piedras blancas, negras y encarnadas, cubiertas, estas piedras, con una especie de barniz de bronce y de oricalco “que relumbraba como el fuego” y en cuyo centro se levantaba el templo de Neptuno con muros revestidos de oro.

De esa ciudadela mítica, destruida por un terremoto submarino hacía milenios, sólo quedaban restos ocultos, algunos de los cuales él descubrió esa noche tan peligrosa.

Deslumbrado, al día siguiente comentó el asunto con su nuera, fanática investigadora en la materia, que lo cuidaba con atención casi devota, pero que terminó internándolo en un psiquiátrico, por maníaco-obsesivo peligroso que en sus escapadas nocturnas ponía en riesgo su propia integridad física.

No pasaría mucho tiempo antes de que la nuera, famosa investigadora experta en la materia, publicase un libro “de su autoría, minucioso producto de su riesgosa investigación”, y que pronto fue best-seller.

ALLÁ EN LAS ALTURAS

El hecho que cuento es de no creer, aunque para confirmarlo pero no para vivirlo, como lo viví yo aquel atardecer de otoño en *El Nogalito*, ese valle profundo, de mágica hermosura, casi ignorado allá, en la cadena montañosa, a más de dos mil metros de altura, encerrado por cerros inmensos, recubiertos por árboles gigantes donde se entretejen helechos, epífitas desconocidas, esplendorosas, espesas, enredaderas con flores nunca vistas, con lianas inexplicables hasta para los estudiosos.

En síntesis, un valle de milagro, todo verde, silencioso, casi inalcanzable ¿Cómo llegar hasta esa altura? ¿Cómo entrar en esa mañana cargada de secretos? Extraños los sonidos del viento entre las

profusas ramas, extraño el silencio de los pájaros (no se ven ni se oyen pájaros, no se divisan ni se pueden adivinar nidos); extraña la sensación producida por esa inmensidad profunda, que hasta suscita la meditación y destaca la pequeñez del ser humano ante la inmensidad del paisaje encerrado por sí mismo.

Y fue ahí, en esa soledad, cuando, a la caída del sol, empezaron a bajar, como desprendidos del bosque oscuro y misterioso, unos pajarracos enormes, semejantes a los buitres creados por la fantasía de algún cineasta loco, y a crecer, no en número sino en tamaño. Parecían aletear, rozándose, parloteando en un grito entre graznido ronco, que daba pavor, tanto que mi caballo, atado a una pirca, empezó a corcobear entre relinchos locos, no precisamente de júbilo.

Y yo solo en esa soledad. Y allí, en ese llano, no lejos del caballo, no lejos de mi cabaña, aquellos pajarracos increíbles, cada vez más grandes, cada vez más inquietos, sacudiendo su plumaje, que más parecía un manto, o una capa, hasta quedar pelados.

Pero no, no eran pájaros por sí mismos desplumados, eran humanoides, quizás brujos enanos, ya desnudos, movidos, a la distancia, en una danza ritual inexplicable que saludaba la salida de la luna llena y con ella, la entrada de la noche.

Despacito, cabizbajo, como si, por la semioscuridad, no hubiese visto nada alrededor, la mano oculta en el bolsillo con mi revólver, me fui acercando al caballo enloquecido.

Desatarlo, montarlo y, galopando, llegar hasta el sendero de salida, todo uno.

Así pude huir de aquel sitio al que alguna vez creí un Paraíso, ahora convertido en aquelarre de pesadilla.

Es verdad, no cuento de misterio, y el solo hecho de narrarlo, me espeluzna.